

## LECCION II.

### ENSEÑANZA ESCRITA.

Antiguo Testamento. — Su objeto. — Partes de que se compone. — Intencion de Dios con respecto á su pueblo y á todas las naciones, al hacer escribir el Antiguo Testamento. — Tradicion. — Nuevo Testamento. — Partes de que se compone. — Tradicion. — Inspiracion, autenticidad, integridad del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Habeis visto como desde un principio el hombre pudo venir en conocimiento de la existencia de Dios y de las grandes verdades de la Religion, ya considerando el espectáculo de la naturaleza, ya escuchando la palabra de sus abuelos: tales fueron para él, durante dos mil años, las dos principales fuentes de la instruccion. Mas adelante, la pureza de la fe estuvo á punto de desaparecer con las costumbres sencillas y la larga vida de los Patriarcas. Las pasiones dilataron paulatinamente su imperio, corrompiendo el corazon y obcecando el entendimiento; y hasta la misma descendencia de Abraham hubiera tal vez seguido el ejemplo de las naciones extrangeras, siendo entonces completo el triunfo de la idolatría, si Dios, que velaba por la felicidad del género humano, no lo hubiese dispuesto de otro modo. Para que la enseñanza de la Religion fuese mas sagrada é inalterable, el Señor grabó sobre piedra su santa ley. Moisés escribió sus mandamientos; Aaron y sus sacerdotes recibieron el encargo de enseñar la Religion, y preservarla de todo error; y la Sinagoga, depositaria de los Libros sagrados, velaba dia y noche en sus custodias, y resolvía todas las cuestiones religiosas que se suscitaban entre el pueblo.

Vinieron despues los Profetas y los otros hombres inspirados que por razones dignas de la Sabiduría infinita escribieron sus predicciones y la historia del pueblo escogido; cuyos escritos divididos en libros forman lo que se llama el *Antiguo Testamento*. La palabra Testamento quiere decir alianza: de consiguiente el Antiguo Testamento es la alianza de Dios con el antiguo pueblo, ó mejor, con el pueblo hebreo en particular; es un contrato magnífico que contiene por una parte los mandamientos y las promesas de Dios, y por otra los empeños de Israel. Su objeto, como el de todas las obras de Dios, es asegurar la felicidad del hombre en la tierra y en el cielo por la mediacion de Jesucristo.

El Antiguo Testamento consta de diversas partes:

1º. De los escritos de Moisés, divididos en cinco libros, que por

eso se llaman el Pentateuco. Estos libros son: el *Génesis*, que contiene la historia de la creacion y de los grandes sucesos ocurridos hasta la salida de Egipto; el *Éxodo*, en que se refiere el viaje milagroso de los Israelitas por el desierto, y la publicacion de la ley; el *Levítico*, donde están continuadas todas las ceremonias de la Religion y las leyes relativas á los sacerdotes y levitas; los *Números*, así llamado, porque comienza por la enumeracion de los hijos de Israel: este libro encierra las mas sábias disposiciones para la conservacion del orden en aquel pueblo errante, tan inclinado á la rebelion; y por último el *Deuteronomio*, que quiere decir segunda ley, así llamado por ser un resumen de las leyes promulgadas anteriormente. En este libro se reproducen aquellas leyes con varias adiciones y explicaciones para inteligencia de los que aun no habian nacido ó llegado á la edad del discernimiento en la época de su primera publicacion.

2º. De los libros históricos, de los cuales unos contienen la historia del pueblo de Dios en general, como el libro de *Josué*, el de los *Jueces*, los cuatro de los *Reyes*, los dos de los *Paralipómenos*, que son una especie de suplemento á los libros de los Reyes, el de *Esdras*, el de *Nehemías*, y los dos de los *Macabeos*: y otros comprenden la historia particular de algunas personas santas ó ilustres, tales como la historia de *Ruth*, la de *Tobías*, *Judith*, *Esther* y *Job*.

Me preguntaréis tal vez ¿por qué razon hizo Dios escribir la historia de su pueblo? Con ello, Dios, á mas de conservar intactas las verdades de la Religion, se propuso:

1º. Demostrar á los Israelitas la fidelidad con que guardaba su alianza. Dios, por su parte, nunca falta á sus promesas: bendiciones abundantes y una profunda paz son la recompensa de su pueblo mientras que observa las condiciones del contrato; mas, luego que quebranta su fe, caen sobre él los mas tremendos castigos.

2º. Manifestar á todos los pueblos que su providencia gobierna el mundo, y que teniendo en sus manos las riendas de los imperios, los encamina todos al cumplimiento de su inmutable designio, que es la redencion del hombre por Jesucristo. Hé aquí en breves palabras lo que nos enseñan los libros históricos del Antiguo Testamento, cuya escritura dispuso Dios para perpetuar hasta la consumacion de los siglos todas esas importantes verdades.

3º. El Antiguo Testamento se compone tambien de los libros de instruccion y de oraciones; tales son: los *Salmos de David* en número de ciento y cincuenta, los *Proverbios*, el *Eclesiastés*, el *Cantar de los Cantares*, de Salomon, el libro de la *Sabiduría* y el *Eclesiástico*. No contento Dios con haber establecido las bases de su alianza con el pueblo de Israel, quiso además obtener el efecto de esta alianza, que era inclinar los corazones á la virtud: por eso se escribieron los libros de que acabamos de hablar, libros llenos de las mas santas máximas,

de los mas sabios consejos y de las mas seguras reglas de vida. Así como todos los legisladores antiguos no son mas que unos niños en comparacion de Moisés, todos los sabios y todos los filósofos profanos no son nada si se comparan con los sabios inspirados que escribieron aquel sublime código moral.

4º. De los libros proféticos, es decir, los libros de los cuatro profetas mayores, *Isaiás, Jeremías, Ezequiel y Daniel*, á los cuales debe añadirse David, que es el primero de todos <sup>1</sup>, y de los otros doce profetas llamados *menores*, porque escribieron menos que los precedentes, ó porque no ha llegado hasta nosotros un número tan considerable de sus escritos. Hé aquí sus nombres: *Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías*.

Dios no queria que su pueblo ignorase que la alianza que habia hecho con él era transitoria; antes al contrario queria que tuviese siempre fija en la memoria la idea de otra alianza mas perfecta, cimentada en una sangre mas pura; una alianza, de la cual el Mesías en persona, figurado por Moisés, debia ser el mediador y el pontífice: una nueva alianza, en fin, que algun dia debia reemplazar á la antigua.

Dios queria todas estas cosas 1º. para que su pueblo no pusiera su confianza en las sombras vanas y en las hostias impotentes de la ley; 2º. para que entrase de buen grado en la nueva alianza, cuando el Redentor viniera á proclamarla. Á este fin, y para que el pueblo de Israel pudiese reconocer fácilmente á este Redentor, hizolo Dios anunciar por espacio de tantos siglos, y pintarlo con tanta exactitud por una larga serie de Profetas.

De manera que todos los Libros santos, empezando por los de Moisés, tienen por objeto conservar la alianza, facilitar su cumplimiento, dar á comprender su verdadero espíritu, y preparar al pueblo de Israel para una alianza mas perfecta.

Conviene advertir que con la enseñanza escrita Dios dejó subsistir, á lo menos en parte, la enseñanza oral; porque en realidad no todas las verdades religiosas se consignaron en los libros; hubo algunas que se confiaron exclusivamente á la tradicion para que por su medio se transmitieran á las futuras generaciones. Este es un hecho que vemos confirmado por el mismo Moisés. Efectivamente, el santo legislador dice poco antes de morir al pueblo de Israel: *Acuérdate de los tiempos antiguos, considera de una en una las generaciones: pre-*

<sup>1</sup> Los Judíos no colocan á David entre los Profetas propiamente dichos, porque, á mas de ser rey, vivia entre las gentes y no hacia la misma vida que los otros Profetas; pero eso no impide que consideren sus libros como proféticos. — Véase Biblia de Vence, *Prólogo de los Salmos*.

*gunta á tu padre, y te lo declarará; á tus mayores, y te lo dirán* <sup>1</sup>. No dice: Lee mis libros, consulta la historia de las primeras edades del mundo, que yo he escrito y te he dejado; pues, aunque tal era el deber de los hijos de Israel, sin el auxilio de la *tradicion* de sus padres no hubieran podido entender perfectamente aquellos libros. Moisés no se limitó á escribir los prodigios que Dios habia obrado en favor de su pueblo, sino que, á imitacion de los Patriarcas, erigió monumentos y estableció ceremonias en memoria de aquellos, y ordenó á los Judíos que explicasen la significacion de unos y otras á sus hijos, para que nunca la olvidasen <sup>2</sup>; y ¿de qué hubieran servido esas precauciones, si todo hubiese sido escrito? Tenemos, pues, que hasta la venida del Mesías las dos fuentes de la verdad religiosa son la Tradicion y la Escritura <sup>3</sup>. Lo mismo sucede desde el tiempo de Jesucristo, como veremos despues.

El Nuevo Testamento es la nueva alianza que Dios ha hecho, no con un solo pueblo, sino con todo el género humano, por el ministerio del mismo Jesucristo. Los libros en que están escritas las condiciones de este divino contrato forman lo que se llama el Nuevo Testamento. Son veinte y siete, y van continuados por el orden siguiente:

1º. Los libros históricos en que se refiere, á mas de la vida de Nuestro Señor y de los Apóstoles, la historia de la nueva alianza, el modo con que se ha llevado á cumplimiento, y los admirables efectos que debe producir. Estos libros son los *cuatro Evangelios* de san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan, y los *Hechos de los Apóstoles*, escritos por san Lucas. Así como Dios al principio del mundo no escribió la ley que dió á Adán, del mismo modo Nuestro Señor se abstuvo de escribir su doctrina, limitándose á enseñarla de viva voz. Esta celestial doctrina se transmitió de boca en boca durante algunos

<sup>1</sup> Deut. xxxii, 7.

<sup>2</sup> Deut. vi, 20.

<sup>3</sup> Un hombre muy versado en las doctrinas y tradiciones de la Sinagoga habla en los siguientes términos á los Judíos, sus correligionarios: « Si estudiáis con detención los monumentos de nuestro fiel pueblo... observaréis que nuestros antepasados adoraban en Jehová tres personas distintas unidas en una sola é indivisible esencia; que creían firmemente que *Jesús*, es decir, el *Salvador*, el *Verbo* de Jehová, la segunda persona de la Trinidad suprema, vendría á la hora fijada por los decretos del Altísimo, á tomar un cuerpo semejante al nuestro en las castas entrañas de la augusta hija de David, llamada de antemano siempre Virgen, antes y despues de su glorioso parto; en una palabra, que el nacimiento milagroso, la vida, la muerte, la resurreccion y la ascension de Nuestro Señor Jesucristo á los cielos, donde está sentado con sus dos naturalezas á la diestra de su Padre, para ser nuestro constante medianero, no son mas que el cumplimiento de las profecías, tanto escritas como *tradicionales*, transmitidas por el antiguo linaje de Jacob, que era su fiel depositario. » (Drach, *Armonía entre la Iglesia y la Sinagoga*, t. II, pág. 484.)

años, hasta que por razones poderosas los Apóstoles se vieron obligados á ponerla por escrito.

2º. Los libros doctrinales, que son las Epístolas ó cartas que los Apóstoles escribían á sus discípulos, ó á las varias iglesias que habían fundado. Hay catorce de san Pablo, de las cuales una se dirige á los *Romanos*, dos á los *Corintios*, una á los *Gálatas*, una á los *Efesios*, una á los *Filipenses*, una á los *Colosenses*, dos á los *Tesalonicenses*, dos á *Timoteo*, una á *Tito*, una á *Filemon*, y una á los *Hebreos*; una de Santiago á los *Judíos* que andaban dispersos por todo el universo; dos de san Pedro á los *Judíos* de Asia, tres de san Juan, la primera á los *Fieles* de su tiempo, la segunda á *Electa*, y la tercera á *Cayo*, y finalmente una de san Judas, dirigida indistintamente á *todos los nuevos cristianos*, ó judíos convertidos. El objeto de todos estos escritos es explicar la nueva alianza y dar á conocer su espíritu, que, como el del Antiguo Testamento, consiste en el amor de Dios y del prójimo.

3º. Un libro profético, que es el *Apocalipsis* de san Juan. Así como la antigua alianza preparaba otra alianza mas perfecta, anunciada por los Profetas de la nacion judía; así la nueva alianza, instituida por Jesucristo, debe conducirnos á una union todavía mas estrecha con Dios en el cielo. El Profeta de la nueva ley, el apóstol san Juan, ha sido el encargado de describirnos las inefables delicias y las innumerables maravillas de esa milagrosa union.

Resumiendo lo que precede, decimos que el Pentateuco contiene la alianza de Dios con el puebo judío, así como el Evangelio contiene la alianza de Dios con el pueblo cristiano. Los demás libros históricos del Antiguo Testamento nos refieren el modo como Dios y el pueblo judío cumplieron sus respectivos empeños. Por una parte vemos á Dios tan fiel á sus promesas como á sus amenazas, y por otra al pueblo, unas veces sumiso y otras inconstante, recibiendo infaliblemente el premio de sus virtudes ó el castigo de sus pecados. Esta alternativa de bienes y de males constituye la sancion de la alianza, y contribuye maravillosamente á su observancia; porque el temor y la esperanza son los dos principales móviles de las acciones humanas. Los libros proféticos, á mas de anunciar la futura alianza, tienen por objeto conservar la fidelidad del pueblo á sus empeños, recordándole lo que debe esperar ó temer, segun sea obediente ó prevaricador. Los libros morales tienen por objeto hacer observar la alianza en su espíritu, siendo, por decirlo así, la parte orgánica de la ley. Al lado del Antiguo Testamento hay una tradicion que conserva las verdades no escritas. Toda la ley antigua conduce á la nueva.

Asimismo, en el Nuevo Testamento, la historia de la Iglesia tiene por objeto manifestar de qué manera Dios y el pueblo cristiano ob-

servan esa augusta alianza sellada con la sangre del Redentor. Por un lado vemos á Dios dispensando por espacio de diez y ocho siglos recompensas ó castigos, segun la fidelidad ó la infidelidad de las naciones cristianas, y por otra al pueblo cristiano sucesivamente dichoso ó desgraciado, segun su docilidad ó su rebeldía; de suerte que al frente de cada página de la historia del pueblo cristiano deben leerse las siguientes palabras: La fidelidad á la alianza del Calvario eleva á las naciones; su infidelidad las abate, y causa su desgracia. Vese, pues, que toda la historia del mundo, tanto bajo el Antiguo como bajo el Nuevo Testamento, tiene por objeto conservar la doble alianza y enseñar á los pueblos á ser fieles con el ejemplo de los premios ó castigos que son el pago indefectible de la obediencia ó de la rebeldía.

Al lado del Evangelio hay tambien una tradicion que conserva muchas verdades que no se escribieron en el Nuevo Testamento.

Finalmente, así como la antigua alianza conduce á la nueva, esta conduce al cielo.

Al modo que durante la antigua alianza hubo una tradicion encargada de transmitir y explicar cierto número de verdades, en el Nuevo Testamento los Apóstoles y Evangelistas omitieron tambien la escritura de algunos documentos del Salvador. Ellos mismos nos lo dicen con palabras expresas<sup>1</sup>, añadiendo que *para conocer esos documentos es necesario consultar la tradicion*<sup>2</sup>. Y es muy del caso observar aquí que los Protestantes, que á imitacion de los Samaritanos se niegan á admitir la tradicion, ateniéndose únicamente á la palabra escrita, están en perpétua contradiccion consigo mismos; porque ¿cómo saben, por ejemplo, que la Biblia procede de Dios, que el Bautismo por infusion es válido, y á este tenor otras muchas verdades que se ven obligados á admitir por el solo testimonio de esta misma tradicion que niegan?

La coleccion de escritos que forma el Antiguo y el Nuevo Testamento se llama la *Biblia*, esto es, el libro por excelencia; libro divino, archivo inmortal de la humanidad, que se transmitirá inalterable hasta las últimas generaciones. La tierra y el cielo pasarán, pero la Biblia no pasará nunca: llevada en triunfo al través de los siglos como el arca de la antigua alianza al través de las arenas del desierto, ella seguirá pregonando á las generaciones venideras la existencia de Dios, su alianza con el hombre, sus juicios y su gloria, hasta el dia solemne en que habiendo llegado la Iglesia á los umbrales de la eternidad, cesarán todos los libros, porque la verdad se mostrará resplandeciente y sin la menor sombra que la oculte.

<sup>1</sup> Joan. xx, 30.

<sup>2</sup> II Thes. ii, 14; I Cor. xi, 2; II Tim. i, 13, etc. Véase Bergier, artículo *Tradicion*.

Sabidas estas simples pero esenciales nociones, pasemos á tratar de la inspiracion, autenticidad é integridad de la Biblia. Todos los libros de la santa Escritura en su conjunto y en cada una de sus partes han sido inspirados, es decir, 1.º que Dios reveló directamente á los sagrados autores no solo las profecías que hicieron, sino tambien todas aquellas verdades que no podian conocer con la sola razon natural y con los medios puramente humanos; 2.º que por un impulso particular de la gracia los movió á escribir, guiándoles en la eleccion de las cosas que debian poner por escrito; 3.º que, mediante un auxilio especial del Espíritu Santo, veló sobre ellos, y les preservó de todo error en cuanto á los hechos esenciales, lo mismo que en cuanto al dogma y á la moral<sup>1</sup>.

En cuanto á la autenticidad é integridad de la Biblia, decimos que una obra es *auténtica* cuando pertenece verdaderamente al autor á quien se atribuye; *íntegra*, cuando se conserva tal como salió de las manos de su autor. Partiendo, pues, de este principio, nada hay mas cierto que la inspiracion, la autenticidad é integridad de los libros que componen el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Para probar este hecho decisivo, hé aquí cómo procedió en cierta ocasion un ilustrado eclesiástico, hallándose en presencia de una numerosa reunion de personas. Un hombre, como los hay muchos en el dia, es decir, muy instruido en las ciencias profanas, pero muy ignorante en materias de religion, tomóse la libertad de impugnar la inspiracion, la autenticidad é integridad de la Biblia. Toda vez que vuestra impugnacion comprende diversos puntos, le dijo el eclesiástico, me habeis de permitir que divida mi defensa, porque en asunto de tal importancia conviene ante todo no confundir las especies. Voy á probaros en primer lugar la inspiracion y la autenticidad de nuestros Libros santos, y espero que pronto nos pondrémos de acuerdo sobre este particular.

Todos los circunstantes se acercaron á los dos interlocutores, y en medio del mas profundo silencio, el eclesiástico, dirigiéndose á su adversario, dijo: Tengo, caballero, una particular satisfaccion en debatir la presente cuestion con un hombre instruido como vos, porque los espíritus elevados y los corazones rectos nacieron para entender la verdad; la Religion solo teme á los semidoctos. ¿Dudais por ventura de la autenticidad de las obras de Platon, de Virgilio, de Horacio, de Ciceron ó de Julio César? — Jamás se me ha ocurrido semejante duda. — Pues ¿cómo sabeis que esas obras fueron escritas por los grandes ingenios de quienes toman el nombre? — ¿Cómo lo sé? Del mismo modo que sabemos todos los hechos de la antigüedad; porque todo el mundo está y ha estado siempre acorde en atribuirselas. Yo

<sup>1</sup> Véase la Biblia de Vence, t. I; y Bergier, artículo *Inspiracion*.

seria el primero en mirar como un loco al que se atreviese á recusar semejante testimonio. — Perfectamente. Pues sabed, caballero, que un testimonio mil veces mas sólido, mil veces mas cierto, nos asegura que los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento han sido inspirados por Dios, y escritos por los hombres de quienes tomán el nombre; y si no decidme, ¿sabeis que alguno haya muerto ó estado pronto á morir para defender la autenticidad de las obras de Virgilio ó de Platon? — No, ni creo que haya habido nunca un hombre semejante. — Sin embargo, millares de judíos y de cristianos han muerto por sostener la inspiracion y la autenticidad de nuestros Libros santos, y muchos otros miles moririan aun, si necesario fuese, por la misma causa. ¿Qué os parece? ¿Son recusables en buena lógica unos testigos que se dejan matar por sostener la verdad de sus deposiciones? — Jamás habia pensado en esto. — Pues aun hay mas. El testimonio que me asegura la inspiracion y la autenticidad de la Biblia es mucho mas antiguo y general que el vuestro, porque consiste en la opinion unánime de dos grandes pueblos, el pueblo judío y el cristiano, cuya existencia reunida forma mas de tres mil y quinientos años. ¿Qué os parece? ¿Basta semejante testimonio para explicar y legitimar la fe del hombre cristiano? ¿Merecemos que se nos califique de espíritus débiles, cuando apoyados en tal testimonio creemos en la inspiracion y en la autenticidad de nuestros Libros sagrados? — Yo creo, mi apreciable señor cura, que vais á convertirme. — Yo tambien lo creo, porque no podeis menos de hacerlo, so pena de inconsecuencia.

Pasemos ahora á la integridad de la Biblia. En este punto, lo mismo que en los anteriores, pronto seréis de mi opinion. Vos mismo lo juzgaréis. ¿Cómo sabeis que las obras de Platon, de César y de Virgilio han llegado hasta nosotros tales como salieron de las manos de sus autores? — ¡Ah! ya os entiendo, vais á probarme la integridad de la Biblia del mismo modo que me habeis probado su inspiracion y autenticidad, esto es, demostrándome que está acreditada por un testimonio mucho mas seguro que aquel en que me fundo para creer la integridad de las obras de Virgilio y de Platon. — En efecto, habeis penetrado mi intencion. — Espero que me deis las pruebas. — Hélas aquí. La historia certifica, y esto nadie lo sabe mejor que vos, que muchos miles de cristianos y de judíos han muerto por sostener que nuestros Libros santos han llegado hasta nosotros tales como los escribieron sus autores, sin aumento, disminucion, ni alteracion; al paso que nadie, como sabeis, ha muerto jamás por defender que las obras de César y de Virgilio sean conformes con sus primitivos originales. Pero todavia quiero ir mas lejos; voy á probaros que nuestros Libros santos no solamente no han sido alterados, sino que no han podido serlo nunca. — Vamos á ver; si lo probais, me doy por convencido.

— Os tomo la palabra; servíos escucharme. Estas palabras fueron acogidas con nuevas muestras de interés y atención por parte de los circunstantes.

Hablemos en primer lugar de los libros del Antiguo Testamento.

1º. Los Judíos no pudieron alterar estos libros antes del cisma de las diez tribus. ¿Creeis que fuese posible hoy día en Francia alterar el Código civil? El que á ello se atreviese ¿no seria al instante confundido? Pues por la misma razon, ¿cómo hubieran podido los Judíos alterar un libro, mucho mas respetable para ellos que para nosotros el Código civil; un libro que tenían todas las familias, cuyo original conservábase religiosamente en el tabernáculo, y que los sacerdotes leían en determinadas fiestas á todo el pueblo reunido? Dado caso que se hubiese intentado semejante alteracion, millares de voces hubieran protestado contra ella; y sin embargo, ni el mas leve indicio hay de tales reclamaciones. Por otra parte, en el caso supuesto, la alteracion estaria sin duda en aquellos pasajes repugnantes al orgullo nacional ó á las pasiones del pueblo judío; pero nada, absolutamente nada de esto se ha suprimido.

2º. Igual imposibilidad de parte de los Judíos hubo despues del cisma de las diez tribus. Si las diez tribus que permanecieron fieles á los descendientes de David hubiesen alterado los libros de la ley, es indudable que las demás tribus, convertidas desde el cisma en mortales enemigas suyas, hubieran rechazado aquellas alteraciones. Sin embargo, el Pentateuco de los Samaritanos, ó de las diez tribus separadas, es exactamente igual al de los Judíos.

3º. No menos imposible ha sido toda alteracion desde la venida del Mesías. Desde aquella época, los libros del Antiguo Testamento están en poder de los Judíos y de los Cristianos, dos naciones esencialmente opuestas. Si, pues, los Judíos hubiesen alterado el Antiguo Testamento, los Cristianos hubieran de fijo manifestado y desechado la alteracion; pudiendo decirse lo mismo de los Judíos con respecto á los Cristianos. No obstante, el Antiguo Testamento que está en poder de los Judíos, y que fué depositado en la biblioteca real de Alejandría doscientos cincuenta años antes de Jesucristo, es enteramente igual al de los Cristianos. Esto en cuanto al Antiguo Testamento.

En cuanto al Nuevo, la alteracion ha sido igualmente imposible.

4º. Imposible antes del cisma de los Griegos. En efecto, caballero, fácilmente comprenderéis que no es posible alterar un libro que anda en manos de millares de personas esparcidas por toda la superficie del globo, sin que al instante se note la alteracion. Si esta se hubiese verificado, no hubieran faltado reclamaciones, porque los Cristianos se han mostrado siempre sumamente delicados en este punto. Á este propósito voy á citar un hecho que refiere san Agustín. Un obispo de Africa, al tiempo de predicar á sus fieles, quiso sustituir una palabra

del Evangelio con otra que le pareció mas adecuada. El pueblo es amotinó, y á tal punto llegaron las cosas, que el obispo tuvo que retractarse y restablecer la antigua palabra, para no verse abandonado de su grey<sup>1</sup>. Pero los ejemplares del Nuevo Testamento que tienen los cristianos de Oriente no discrepan en lo mas mínimo de los que usan sus hermanos de Occidente, lo cual es una prueba palpable de la integridad de este libro.

2º. Imposible despues del cisma de los Griegos. Si la Iglesia latina hubiese alterado el Nuevo Testamento, la Iglesia griega, su mortal enemiga, tan suspicaz y puntillosa, lejos de adoptar aquellas alteraciones sacrílegas, no hubiera dejado de manifestarlas ni de protestar con toda la fuerza de su odio. Sin embargo, en ningun tiempo ha hecho aquella Iglesia la menor reclamacion, y el Nuevo Testamento de que se sirve es enteramente igual al de la Iglesia latina.— Señor cura, os doy las gracias; me declaro vencido, y me glorío de mi derrota: confieso que nunca habia pensado en lo que acabais de decirme.— No puede llamarse vencido el que abre los ojos á la luz de la razon. Ya os dije que los entendimientos elevados eran dóciles á la verdad, y os felicito por ser de aquel número. Esta prueba, á la que pudieran añadirse otras muchas, basta para demóstrar que la fe del simple fiel, que, por la sola autoridad de la Iglesia, cree en la divinidad de la Biblia, es del todo fundada, y que ni aun los mas eruditos pueden racionalmente impugnarla<sup>2</sup>. Concluyamos de aquí que todos nosotros, sabios ó ignorantes, debemos tener la mayor fe en los Libros santos, y mirarlos con el más profundo respeto, pues son en todas sus partes la verdadera palabra de Dios<sup>3</sup>.

Así terminó la discusion, despues de la cual tributáronse muchos elogios al eclesiástico que con tanta energia como modestia probó la inspiracion, la autenticidad y la integridad de la Biblia, y á su adversario, que habia tenido el raro valor de ceder lealmente á la evidencia de la verdad.

Añadamos á lo dicho, que debemos dar la misma fe á la Escritura y á la tradicion, porque ambas son igualmente la palabra de Dios. « Toda escritura, dice san Pablo. divinamente inspirada, es útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en justicia: » para que el hombre de Dios sea perfecto, y esté prevenido para toda obra buena<sup>4</sup>. Estad firmes, dice en otro lugar, y conservad las tradiciones que aprendisteis, ó de palabra ó por carta<sup>5</sup>. »

<sup>1</sup> S. Aug. Ep. LXXI y LXXXII. Véase tambien Tassoni, lib. I, 181.

<sup>2</sup> La filología moderna ha probado hasta la evidencia la perfecta integridad del Nuevo Testamento.

<sup>3</sup> Conc. Trid. sess. IV.

<sup>4</sup> II Tim. III, 16 et 17.

<sup>5</sup> II Thess. II, 14.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy gracias por habernos dado vuestra santa ley, y por haberla escrito, para que nunca las pasiones puedan alterarla. Inspiradme un gran respeto hácia vuestra santa palabra.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oiré con profundo respeto la lectura del Evangelio.*

LECCION III.

CONOCIMIENTO DE DIOS. — DIOS CONSIDERADO EN SÍ MISMO.

Su existencia. — Pruebas. — Rasgos históricos. — Perfeccion de Dios. — Eternidad, Independencia, Inmensidad, Unidad, Inmutabilidad, Libertad, Espiritualidad, Inteligencia. — Providencia. — Pruebas.

La primera verdad que el Catecismo nos enseña es, como ya hemos dicho, que hay un Dios.

Callad, cielos y tierra; hijos de los hombres, escuchad. Antes de todos los siglos, mas allá de todos los cielos, encima de todos los mundos, hay un SER eterno, infinito, inmutable, que es principio, fin y felicidad de sí mismo. Toda la creacion con sus soles y sus mundos, cada uno de los cuales contiene otros millares de mundos, no es mas que un reflejo de la gloria de este gran SER. Está en todas partes, lo ve todo, lo oye todo. Ser de los seres, ¿quién soy yo, débil mortal, para hablar de vuestras grandezas? El silencio es el solo himno digno de Vos: *Silentium tibi laus, Deus, in Sion.*

En primer lugar, ¿cómo os llamaremos? « Ser superior á todos los seres, decía en otro tiempo uno de los que ahora están contemplando vuestra inefable esencia; Ser superior á todos los seres, hé aquí el solo nombre que no es indigno de Vos. ¿Qué lengua podrá apellidaros, si todas las lenguas son incapaces de expresar vuestra idea? Sois inefable para todas las bocas, porque Vos sois quien habeis dado la palabra á todas ellas.

» Sois incomprendible, porque todas las inteligencias emanan de Vos. Todo pregona vuestras alabanzas: lo que habla os alaba con sus aclamaciones, lo que carece de palabra, con su silencio. Todo venera vuestra majestad: la naturaleza viva y la naturaleza muerta. » Á Vos se dirigen todos los deseos y todos los dolores, á Vos se elevan todas las súplicas. ¡Oh vanidad de las expresiones humanas! » Todos estos nombres os convienen, mas ninguno de ellos basta á designaros. En la inmensidad del universo, Vos sois el único que no teneis nombre. ¿Quién es capaz de penetrar mas allá de todos los cielos hasta vuestro impenetrable santuario? Ser superior á todos los seres, hé aquí el solo nombre que no es indigno de Vos. »

¡Este es Dios!

¿Qué hombre ha dudado nunca de su existencia? El impío puede

4 San Gregorio Nazianceno.